Oda a una muchacha sin alma

Como la lluvia azul que el soldador
encaramado deja caer desde
la horizontal herrumbe de la viga,
brusca cascada rota de tristes
chispas tercas, feroces en su muda
proclama de eternidad, pues que nada
hay tan irredimiblemente eterno
como la terca, rota, feroz y
triste brasa que en el aire se muere
mucho antes aún de haber nacido,
así tú, muchacha sin alma, surges,
fulges contra la claridad usual,
acostumbrada, y tu cuerpo niega
con su luz la luz del día, de todos
los días, reniega de la arena
en nuestros ojos, en nuestras bocas
cansadas, en nuestras lenguas marchitas,
las de los condenados a arrastrar
un alma con nuestras yertas manos
muertas, en desigual combate
contra el atroz simún del Tiempo.
Insurrección de la materia,
subversión de la forma: el techo
deviene suelo, el suelo muro,
el muro espejo, y el espejo de este
Café, atrapado en las apócrifas
lindes barrocas, pálidas y ajadas
de su marco, ventana ilimitada
a cuyo través ciegos vigías,
amarrados al palo de mesana,
avistan la tierra no prometida,
tierra que nadie nunca ha prometido
a nadie, beben del agua dulce
remansada en el áspero pozo
de tus párpados, atisban la urdimbre
de tu blusa, regida por la virtud

perversa de tus turbios senos
impuross y sagrados cual piedras
sacrificiales, cual fríos puños
crispados que, sin saberlo, sin
quererlo, con la inmisericordia
del mar o de los astros, el alto
portón golpean del palacio
de invierno en el que me desvivo.
Bajo un secreto temblor de pájaros
e insectos, sobre el entarimado
hendido por la afilada y débil
escarcha de tu sombra, erráticas
hormigas avanzan entre colillas
aplastadas y borrada ceniza
hacia ninguna parte con afán
envidiable, mientras dos moscas
copulan con desgana sobre el charol
abrupto de un zapato para después
volar de pronto hasta el lívido
mármol de un velador quemado
por el dulzón llanto del olvido.
La nieve cae sobre mis huesos.
Bajo el hielo negro de la Palabra,
por otro nombre alma, crece
la hierba renegrida y rala
que con encarnizada abulia
se nutre y ceba lentamente,
como una parda araña, del humilde
silencio de mi cuerpo, estepa
por la que lobos transparentes
arrastran la lumbre de su hambre
desde su árido norte hacia
tu claro, tu limpio sur florido.
Tus uñas sin lágrimas, tus rodillas
dormidas, tus pestañas tristes,
tus leves labios encerrados
en la prisión serena de tu ser
para ti, de tu ser sin más, del ser
que por la gracia casi infantil
de tu cintura se resuelve en canto
que atormenta, en desbocada
frialdad claustral, coral, preñada
de inminencias, son severa lección
que aprendo con sumisión fingida

y falsa mansedumbre, que con los
ojos bajos hipócritamente
acato sin rechistar, al precio del
golpe y de la sangre con que la letra
entra, y, con la gratitud de mala
ley del pordiosero, mis manos,
soltando el fardo inútil de mi alma,
inútilmente te saludan,
dulcísima muchacha desalmada,
agitándose al viento desabrido
con un gesto que ni ellas mismas
comprenden, como absurdos estandartes
de nada, como enseñas de nadie,
como banderas apátridas.
Se ahoga mi ceño ávido
del claro misterio de tu nuca
en el sombrío oleaje enhiesto,
cuadriculado y alto de este local
asolado por la malherida y
malhiriente luz de la tarde,
crespo mar negro en el que vasos y
cuchillos, ceniceros, fósforos y
restos de bebida bogan a la
deriva cual olvidados despojos
de un naufragio que no es otro que el de mi
propia barca sin rumbo ni gobierno.
Desde las verdes peñas puras
como relámpagos lejanos,
donde entre helechos y lagartos,
al pie de viejas montañas que cual
hoscos, jóvenes gigantes, a tus pies
montan su celosa guardia, yace el
oculto alijo de tu voz lenta y
grave, voz de laúd siglos y siglos
encerrado tras la opaca vitrina
de la sala capitular de un
monasterio perdido mas allá de
páramos y riscos, esa voz tuya
que no es sino ceniza y rescoldo
que sin quemar calcina, tus ojos,
que no me miran, que nunca han de
mirarme, dejan mudos a los míos,
me los arrancan para dárselos
a los ratones y a los pájaros,

a alguna pobre acémila huida
de su lúgubre recua, a los perros
sin amo y a los peces que desde el
río, entre estertores y silencios,
remontan arenales y brañas,
y sin que nadie, ni tú misma, les
llame, acuden hasta la inhóspita
dulzura de tus hombros en busca
de la depredadora dádiva
de tu ser absoluto, de tu simple
ser lo que pareces, de tu no
parecerte a cosa alguna otra
que tu apariencia propia y tuya,
fuego inarrebatable ni siquiera al
precio de abrasarse la lengua
o dejar que la mirada arda
hasta tornarse escoria fría.
Jamás estás desnuda, créeme,
desalmada muchacha de mi alma,
jamás puedes ni podrás estarlo
por más que te despojes de sedas,
panas, tules o percales, y no
lo estás porque desnuda eres,
y en virtud de tu óntica desnudez
vistes al mundo, lo abrigas, lo adornas
con la sola sustancia de tu
descobijado ser, con la bien
temperada nada de tu propio
todo mundo, cuyo pálpito oscuro
impera y rige bajo la grávida
blancura de tu blusa sobre el turbio
pétalo áureo de tu piel, contra la
que yace el tibio peso de dos alas
recogidas y blancas, alas de la
paloma de tu mano asustada,
que no obstante no llora como lloran
las mías, y a diferencia de tus
dedos, cuyas uñas no aciertan a
clavarse en la tela, mis uñas se
dedican a garabatear
enigmas sobre la cal mugrienta
de los muros que me circundan,
los de la celda de castigo en que
tu impensable aparición me arroja,

torpes y resabidos logogrifos
con los que, si no matarlo, malhiero el
tiempo y en vano trato de engañarme
diciéndome que pienso luego existo,
cuando ni pienso ni soy ni estoy ahí,
pues que ese ser, ese estar ahí y ese
pensamiento te pertenecen como
te pertenecen tus blue-jeans o el humo
triste de tu cigarrillo. Hay algo,
sin embargo, que en tu ingénita
foraneidad constitutiva,
que en tu gloriosa exterioridad
total, que en ése fuera sin dentro
que es tu esencia, no te pertenece,
y ello es tu cuerpo, cuya materia
te destierra de ti, te extraña y
desentraña, te usurpa y desposee,
te expropia de tu yo y todo lo tuyo,
te hace común, pública, te despoja
de la soterrada heredad de
tu esqueleto, del predio umbrío
de tus labios, del zarceño fundo
florecido de tu pecho, del
cereal dominio de tu talle,
del abrupto y sombrío señorío
que es el barranco de tu vientre,
y hasta del simple suelo sobre el que tus
pies inocentes cantan, sin darse
cuenta, cánticos de gozo de sí
mismos, que sólo yo percibo,
siendo, de tal suerte, abandonada
al estado comunal, tierra de
todos y ninguno, estado de
gracia que, no obstante, no pone en
fuga ni proscribe a los lueñes
azores de mis manos, enviciados
en la luz de tus huesos, manos que se
me van pudriendo poco a poco,
como una carroña desechada,
expuesta a la intemperie y frecuentada
sólo por la solicitud acerba,
lóbrega, de avispas y gusanos.
Tu cuerpo roto, truncado por las mil
y una aristas de otros cuerpos

interpuestos mientras hojeas
libros y más libros en la sepulcral
Casa del Libro. La Cultura
se abate como un buitre sobre mis
ojos y tus hombros, como el águila
que se nutre del costal pálpito
del encadenado. Te acuclillas,
te yergues, te escoras, te acurrucas,
caes de hinojos, peinas, absorta,
tu rebelde pelo con los dedos.
Todo en nuestro entorno es palabra y
tubo fluorescente, silencio
beato en la sagrada cripta del
comercio y de la letra impresa,
Historia Universal, historia
de la historia, los seres y las
cosas reducidas a nada más
que historia, disciplinada Idea
hecha disciplina erecta sobre
anaqueles, mesas y columnas.
¡Qué música, mi amor, la de tus
brazos que, sin saberlo, niegan
a un tiempo el Tiempo, la postura
y el postor de todo este gran juego,
mientras escruto tu cuerpo con
impúdico ahínco, sabiendo que no
sabes ni sabrás nunca que te observo!
Mas cuando, aun sin mirarme, me
sonríes, intemperie y carroña,
podredumbre, sombra y tétricas
frecuentaciones se tornan tañido
enloquecido de campanas.
Camino de tu casa degüello
con jubilosa indiferencia a dos
mendigos y a sus hijos a la puerta
del Metro. Huyo tranquilo, sin
apresurar el paso, a través
de los lívidos pasadizos del
laberinto donde restalla de
pronto y se derrama el agrio quejido
de musicales pordioseros.
Ya en el vagón cedo, risueño,
mi asiento a ancianas y caballeros
mutilados. Salgo a la calle,

y los guardianes del Orden me
saludan al pasar junto a ellos.
Tomo el autobús, y el cobrador
me indica gentilmente dónde
debo apearme. Elijo una pobre
mujer de aire humilde y sufrido
para robarle el monedero
y a continuación tirarlo, sin que
nadie me vea, por la rendija
de una ventanilla. Puesto que está
prohibido hablar con el conductor,
le cuento la historia sin historia
del primer encuentro de mis ojos con
tu cuerpo, cuando aún no lo podían
haber visto, en aquel viejo
Café hondo y oscuro, mientras él,
al volante, salva los obstáculos
del largo trayecto. Al término del
mismo hundo en su atónita espalda mi
cuchillo y escapo perseguido por
dos o tres pasajeros residuales.
El viento es frío y el sol reseca mis
labios húmedos de soñar con el
frutal olor de tu cenceña nuca.
Llamaré a tu puerta. Me recibirá
tu perro, príncipe al que un buen día,
cuando ya no le amabas, redujiste a
su actual canino estado. Estupraré
tu imagen con el ámbar ciego de mi
Pentax, y me iré como un profesional,
como si hubiera ido a ti para una
ceremonia de oficio. Todo está en
orden, aquí no ha pasado nada,
parecen proclamar los hilos
telegráficos, los gorriones y
los ferrocarriles del Estado.
Las fábricas siguen esparciendo a los
cuatro vientos sus productos por la
perpleja boca de sus altivas
chimeneas de ladrillo y acero:
turbinas, lavavajillas, sillas,
metralletas, guantes y jabones.
Por su parte, los campos y los ríos,
las nubes y el mar, siguen cumpliendo

con su deber escrupulosamente,
dando mieses y eriales, lluvias
y sequías, hambres y harturas.
Nos citaremos para dentro de unos
días en un local lleno de
gente ensimismada. Te entregaré
los grises azogues con tu imagen,
aguas profundas desde las que
te mirará otra que eres tú,
desconocida y familiar a un tiempo,
que te interesará y acaso haga
que por ella te pierdas en sáficos
deseos. Me invitarás a un zumo
de naranja, me dirás que te vas
al concierto de Miles Davies. Al volver
a mi casa me sentaré en mi cuarto
y encenderé un cigarrillo. La
lluvia empañará la ventana.
Inevitablemente me vendrá a
la memoria un verso de Verlaine.
Levantaré la vista al techo
y lo veré por vez primera en muchos,
demasiados años. Mi mujer y mis
hijos puede que me saluden desde el
umbral de la puerta que da al pasillo.
Cruzaré una pierna sobre otra,
abriré los ojos muy abiertos,
como sólo saben abrirlos los
muertos, y con la brasa aún viva
del primero, encenderé otro
cigarrillo mientras detrás de las
nubes de Dios se mesa la barba y
recuenta las almas que ha creado,
sin olvidar ninguna, y ríe y
mueve la cabeza con paternal
condescendencia al ver que una de sus
almadas criaturas, a ti,
muchacha desalmada, se te acerca
con traicionera mansedumbre, con la
codicia deslumbrada de una
alimaña pérfida y oscura,
y entre la lumbre muda de tu
cuerpo husmea en busca de un sustento
que ni le das ni le rehúsas,

que ni le ofreces ni le niegas.
Qué gran horror el de estos suburbios de
lujo, aledaños remotos de la
ciudad verdadera, cruzados de
coloniales criadas filipinas
en busca del verde o rojo bus
que ha de llevarlas al centro de su
soledad acompañada de sueños
rotos, sonámbulas por las pulcras
alamedas de asfalto erizadas de
verjas con carteles que anuncian perros
peligrosos, con gordos niños yertos,
rubios de tedio y vitaminas,
al fondo del parental jardín
abandonado, víctimas de la
buena educación y el aire puro,
de la piscina azul como un Danubio
privado, del británico césped,
del boj y de los cactus sacados
del convincente Kodachrome de
Haus und Garten. Mi agónico y muy
canalla deseo de tus huesos me
convierte en tu criada filipina,
o acaso, mejor aún, en perro
peligroso, niño enjardinado
o mudo cactus ponzoñoso.
La luz de esta tardía tarde de un
otoño temprano se quema con
rapidez avergonzada mientras yo
huyo no sé si de ti o hacia ti,
en cualquier caso de mí mismo.
El mundo entero es hoy un suburbio
de lujo, tal vez lo fuera siempre
sin que yo lo supiese. Bien querría
negarte, sepultarme en el gallardo
olvido que este mundo me ofrece,
afiliarme a las ambiciones y al
trabajo, a la seguridad y a
la certidumbre confortable,
al camino recto y a la puerta
ancha o estrecha de los triunfantes
virtuosos. Pero no me es posible
negarte sin negarme a mí mismo.
El sinsentido último de mi

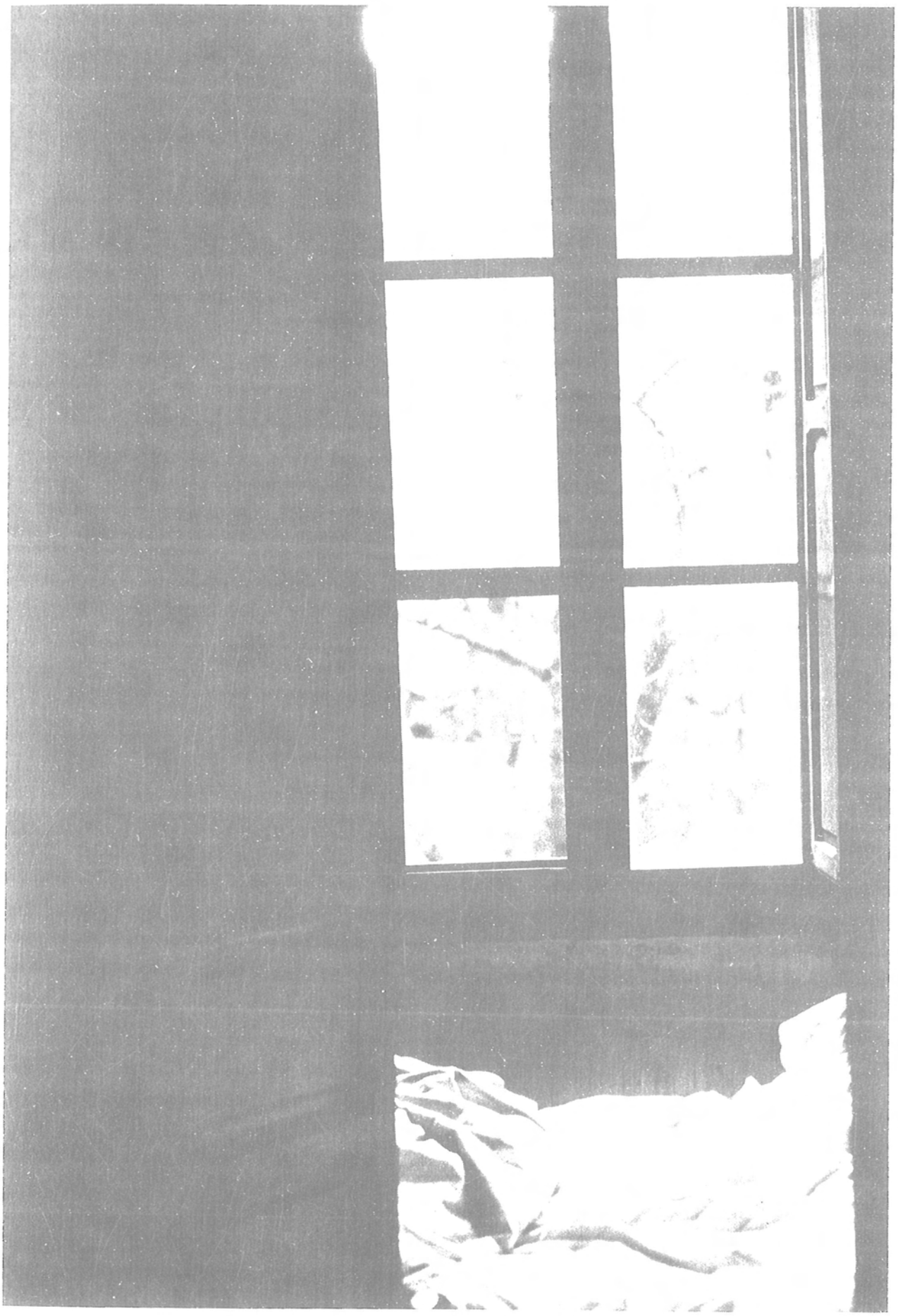
deseo, del deseo sin más
(no sé ya si es mío ni de nadie)
es lo único que me sostiene
deshaciéndome, que me derruye
levantándome. Sólo tocarte,
tocar el rimmel de tus ojos,
la pálida laca de tus uñas,
la sombra azulada de tus párpados,
el negro temblor de tus pestañas,
todo, en fin, cuanto de ti y en ti
hay de intocable, puede hacer que el mundo
pierda hoy estos colores tan
reales, tan horrendamente
reales, tan papel couché y
huecograbado, testigos y
guardianes de tu cuerpo ausente.
No te sientes jamás, mi amor, en una
silla. La sillas te exponen, te ofrendan,
te descubren, te venden y te dejan
en un terrible desamparo.
Mirando tus rodillas con un
caótico y nada embellecido
deseo, mientras cruzas y descruzas
las piernas con inocencia lenta y
distraída, mis ojos dan en pensar
que tu palabra escrita yerra cuando
dice que el amor es un juego de la
memoria. Ellos, por contra, piensan
que el amor es un juego del olvido.
¿Cómo no ha de ser el amor un juego
del olvido, cuando tu simple estar
ahí me hurta la memoria,
me deja horro de ayer, privado de
pasado, manumiso de historia
(si es que alguna vez antes de ti
sucedió algo), haciendo de mí
un niño salvaje, ignara
bestezuela que de repente
desaprende las claves y los
códigos que hasta la fecha le
sirvieran para reconocer los
actos y las cosas, y así poder
nombrarlos? Esa chaqueta tuya,
por ejemplo, negra y entallada,

el recuerdo me borra de qué cosa
es y qué se hace con un talle.
Los dos o tres botones, por su parte,
desabrochados de tu blusa,
analfabetizan mis ojos,
los condenan a la desmemoria
del signo y de la letra con que otrora,
con la seguridad de dos corsarios
o la torva soberbia de un par de
bucaneros, leer y descifrar
sabían el plano del tesoro.
Pero esta desmemoria y este olvido
a los que tu ser y estar ahí
inexorablemente me condenan,
me hacen, por vez primera, libre de mí,
y esto no es poco. Lo bueno de mí es que
nada puedo darte. ¿Cómo podría
darte algo si nada tengo,
si nada soy, si hueco estoy como el
deshabitado tronco de un árbol
muerto hace cien años, frecuentado
sólo por el rayo, o a lo sumo
por aves y reptiles que huyen
hacia ninguna parte? Y, sin
embargo, soy el más rico entre los
ricos. Mi riqueza eres tú sentada en
esa silla, el alto trigo de tu
cuello que brota del entreabierto
surco de tu blusa, tus rodillas
suicidas, que con alegre olvido
de sí mismas se arrojan desde el tul
malva de tu falda al turbio abismo
de mis ojos. Mi riqueza son tus
medias oscuras, tu cinturón
de cuero taladrado por múltiples
agujeros asimétricos que a tu
talle se ciñe con frialdad
hipócrita y rastrera, mi riqueza es
tu temple puro que desata impuras
destemplanzas, tu mesurado ser
que alumbra desmesuras, ese mechón
de pelo que, pensando en otra cosa,
con lentitud apartas de tu frente,
los lóbulos de tus orejas

mordidos por la lascivia de un par
de anillos dispares, tu simple estar
ahí, no se sabe por qué ni cuándo
ni hasta cuándo, el negro de tus
zapatos y el gris de tu cigarrillo.
Esta es mi riqueza, esto es todo
cuanto tengo, luego tener no tengo
nada, dado que tú y sólo tú,
por no pertenecerme, eres cuanto
soy y cuanto tengo, mi pertenencia
toda. Nada, así pues, podrás
negarme sin que a ti misma te lo
niegues, nada darme sin a ti misma
dártelo, nada robarme sin que tú
te lo robes. Esto es lo bueno de mí,
que mi pobreza y mi riqueza son la
misma cosa. Nada, en consecuencia,
puedo darte, ya que el entrar a saco en
mí como lo has hecho, al expropiarme
de mí mismo para con la pobreza
enriquecerme de que nada soy
si no te tengo, nada, pues, me queda
ya, desposeído de mí como me
tienes, nada me resta salvo el olor
de tu tabaco, la sombra azul de tus
pestañas y el ahogado rumor
de tus pasos alejándose.
Pero tú ríe, mi amor, tú canta y
ríe sin que nada derribe
la airosa torre áurea de tu no
ser para mí, edificada sobre
la quebradiza escoria calcinada
de mi alma. Nada te turbe, nada
te altere ni te haga salir de ti al
encuentro de la melodramática
desolación de mi deseo,
pues que esto mío no es sino una
arqueología del silencio,
un puro desensueño en tono
menor, acompañado por un violín
sin cuerdas y un piano sin teclado.
Un asustado viento se ha abatido
sobre el terror de esta ciudad abierta,
que nunca sé si habito o si me habita,

si olvido o si me olvida. Es un viento
plebeyo, cejijunto y zafío como un
gañán borracho, ebrio del agrio
vino de la nada, un viento
que asola cornisas y persianas,
pararrayos y estatuas, que en esta
noche turbia quiebra y hace añicos
el vacío escaparate de una
llena luna lívida que no muestra
ni ofrece cosa alguna que su propio
vacío, y en esto se parece a mí,
todo hay que decirlo, un viento, en fin,
inseguro de sí, que en su demente
furia mete por las ventanas
carroña agusanada de soldados
desconocidos arrancados de sus
arcos de triunfo, troncha de cuajo
ramas de acacias, postes de alumbrado,
carteles publicitarios, y canta
coplas obscenas por las esquinas.
Entretanto, y bajo el helado
fulgor de una bombilla azul, leo tus
sabios análisis textuales
y me reconozco en ellos como en
un espejo roto, pues ¿qué soy,
después de todo, qué ha hecho de mí
el transadivinado temblor
intacto de tus pequeños pechos,
espinosos frutos tempranos,
verdes de aurora, que la tela cela
con inhábil codicia, sino un
mero texto destextualizado,
del que poco o nada cabe decir,
y del que, a fin de cuentas, no hay
otra ni mejor lectura que la del
simple deletreo? Insensato
texto sin texto el de mi alma,
primario, analfabeto, maligna
excrecencia sintagmática,
transfrástica, sin otro sentido que el
de la oquedad de las nocturnidades
árticas, sin otra significación
que la del ciego resplandor cenital
de los desiertos africanos,

cosa en la que me asemejo al mundo,
descontexto puro, absoluto,
hermano del mío, semejanza
que me hace comprender al fin que mi
diagnóstico es en sí mismo
mi enfermedad, que ésta, sin aquél,
no sería, y que, por no ser nada,
no soy sino eso: un puro
descontexto, parecido al viento del
que hablo para no verme enmudecido
por tu existencia, si es que existes,
dulcísima muchacha desalmada,
que dulcemente derribo sobre el
quemado almiar de mi deseo
preso en la cárcel de sí mismo,
tizón encendido de un verdugo
que hace de sí su propia víctima.
Yo también canto, ebrio y obsceno,
intramuros del indefenso
e inhabitado burgo de mi alma,
por las esquinas de sus oscuras
rúas tortuosas, yo también
me abato y caigo sobre tu silla
y violo la cerrada inocencia
de tu materia abierta, desalmada,
espiritual a fuer de no ser otra
cosa que materia, y náufrago en
tu proximidad distante, que me
recusa muda, en tu serenidad
de urce o grama, greda o brezo,
desensimismada y fría, que brota y
medra en las alturas de mi infinito
páramo. Es preciso cerrar
los ojos, y los cierro, para ver
que el amor no es, si algo es, otra
cosa que traición, impotencia,
desconnubio del yo y el mí, defección
de toda identidad, fe sin fe
en la inútil luz que niega la
sustancia, decidida huida hacia el
objeto, sagradas nupcias de la sed
con la sed, del hambre con el hambre.
Esto es ya, qué duda cabe, mi
pobre apoteosis. No es posible



(Foto: Pablo Sorozábal Serrano.)

ignorarlo ni aun abriendo los ojos.
Mas ya que justa es, e inexorable,
la condena de que para mí no
seas, seré yo entonces para ti
contorno, límite, linde y raya
de tu cuerpo, seré, por no ser nada,
lo que no eres, lo que por contra y
rechazo te define, seré el soplo
de aire que tus pies desplazan,
el contraluz de tu relumbre,
la contratiniebla de tu sombra,
el contrapaso de tu danza,
el discordante contracanto
de tu armonioso cantus firmus,
la oscura, delirante y breve noche
de tu largo, sereno y claro día.

PABLO SOROZÁBAL SERRANO
Luchana, 39
MADRID-10